





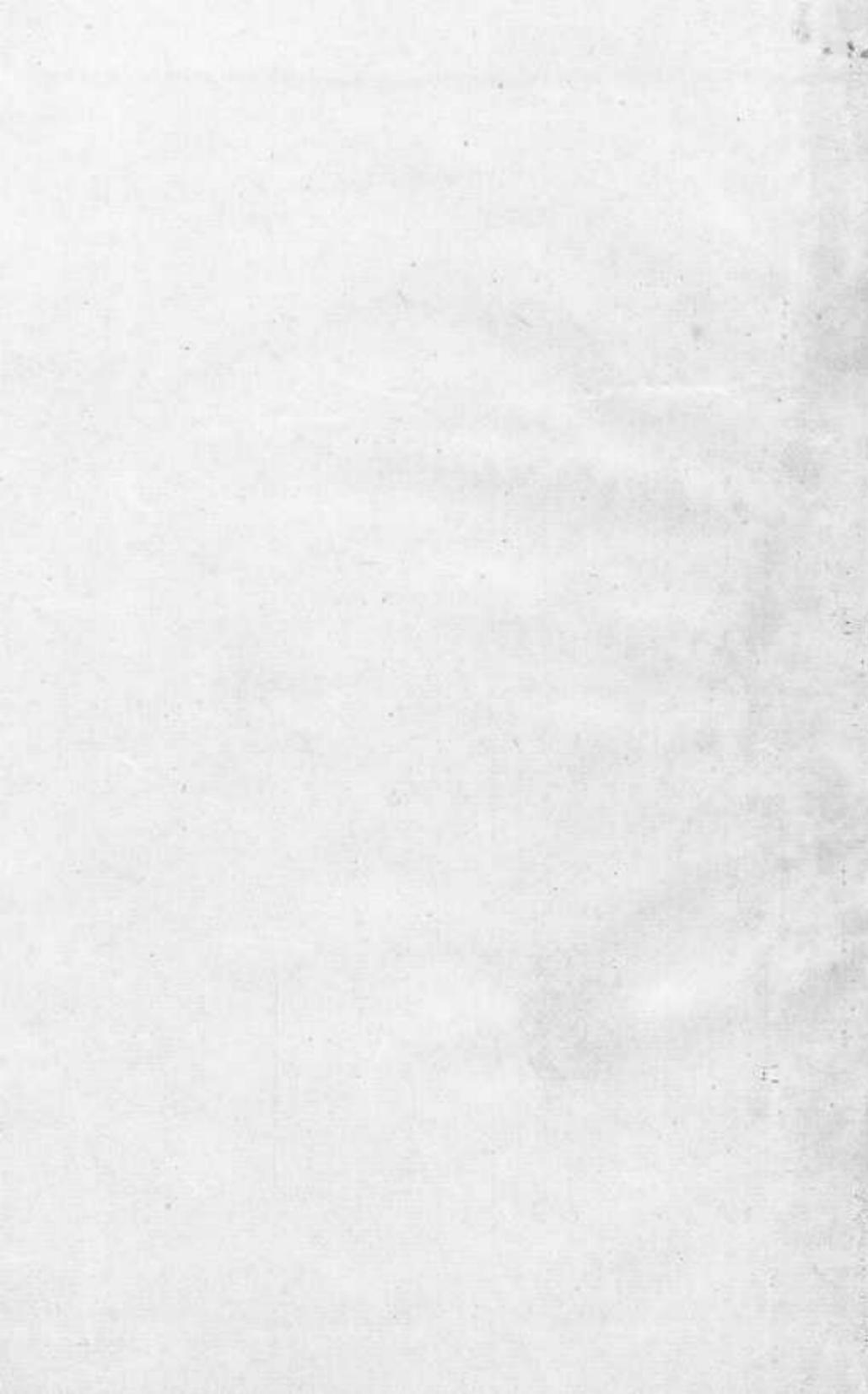
LOS TRIUNFADORES

NICANOR VILLALTA

A. No. 11

30 céntimos

NE



LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO



NICANOR VILLALTA

Año II

30 céntimos

Núm. 6

SÁNCHEZ CARRÈRE



LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calabria, 96 Barcelona Teléfono 173-H

Año II



Núm. 6

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



NICANOR VILLALTA

..
"El torero grande
con alma de niño"

■
Relación documentada
por

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

*Con este número se regala una postal
de NICANOR VILLALTA*

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.



Nicanor Villalta



El torero grande con alma de niño

El lugar de acción y las primeras escenas

Llegamos al Hotel a la hora inexcusable de la comida.

Una señora alta, robusta y no mal «instrumentada», toda salud, al parecer, y toda amabilidad, al recibir, nos hace pasar a la sala de visitas, habitación no muy grande, pero sí ordenada con simétrica pulcritud, donde una mesa con periódicos y varios sillones de cuero oscuro constituyen el sobrio mobiliario.

—¿Nicanor, está?

—Sí, señor.

—¿Cenando, seguramente?

—No. Aún no salió a la mesa.

—Anúnciele entonces nuestra llegada.

Vase la señora alta, robusta y no mal instrumentada y quedamos un momento solos.

Nuestra región pituitaria se extremece, deleitosa, al percibir ese olorcillo grato, característico de los hoteles a la hora de la comida y de la cena, olorcillo estimulante y confortador que parece de «ragout» o de «guisado distinguido», dicho para mayor claridad.

El chocar continuo de cubiertos y platos, aumenta el ensañamiento de aquella situación que se convierte en «tantalesco» suplicio para quien, como ocurre con nosotros, no ha sonado aún la hora del nocturno yantar.

Un bostezo evocador de lejanas, ¡ay!, solemnidades alimenticias, dilata, hasta lo inverosímil, nuestra «puerta de entrada de los garbanzos», vulgo boca, cuando tres metros y pico de hombre se acercan a nosotros, erguidos y arrogantes, impidiendo, con su rigidez, a nuestra no muy larga vista, la cercana contemplación de sus facciones, lo cual retrasa notablemente el reconocimiento de la personalidad.

—¿Villalta, es usted?

—Para servirle.

—Perdone que vengamos hoy a alterar un poco el horario de su alimentación, pero el deber, tirano siempre de la comida, nos obliga a ello.

Nicanor, aplicando a la palabra «deber» su más económico y desagradable significado, presente la inmediata presentación de alguna cuenta para su cobro.

Claro que también pudiera tratarse de un abono.

Pero lo corriente y lógico es ponerse en lo peor.

Y Nicanor se pone en guardia, según pode-

mos deducir por la seriedad recelosa de su gesto, que se dulcifica rápidamente al percatarse del verdadero objeto de nuestra visita.

—¡ Ah! Sí—exclama—. Usted es el que me hizo ya otra interviú en el diario *La Opinión*, cuando me fué concedida, por plebiscito públi-



El coloso aragonés arrimándose tranquilo y estirado con los pies juntos, que es «como se debe torear»

co, en la «Asociación de la Prensa», la «oreja de oro» primera que se otorgó.

—Exacto.

—Como se ha quitado usted el bigote no le había conocido.

—Éxigencias de la moda... y de la edad.

Las canas superlabiales ¡ son tan indiscretas !
¡ Y tan poco ornamentadoras !

—Según los súbditos de Inglaterra y de los Estados Unidos, es cosa muy conveniente no tener pelos en la cara.

—Más conveniente sería no tenerlos en la lengua.

—¡ Claro que sí ! Pero...

—Ya, ya sabemos que es imposible.

—A propósito. ¿ Por qué razón los bigotes serán incompatibles con ciertas profesiones, como, por ejemplo, la de la tauromaquia ?

—¡ Vaya usted a averiguar ! Quizá porque, en el último caso, la profesión es ya, de por sí, bastante « peliaguda ».

—Puede.

—También, y esto es lo más probable, podría obedecer a una medida de precaución sanitaria, pues la cura de las heridas en el rostro resultaría más dificultosa, prescindiendo de la depilación, tan necesaria a la asepsia.

—¡ Ahí, ahí le duele o le debe doler !

—Hablando ahora clásicamente, dejemos « la su cara » y tratemos de « la su vida ».

—¿ De la *subida* de las subsistencias ?

—¡ No recuerde usted cosas tristes ! Nos referimos a la historia suya, que muy bien podría denominarse aleluyescamente « La vida de Nicanor, el más « grande » matador ».

—Oiga usted, ¿ eso de « grande » no lo dirá con segunda ?

—Lo digo con razón.

—Y con mucha razón, que no se le olvide—interviene entonces en el diálogo, su apoderado, don Matías Retana, hermano del popular

Manolo, actual Representante de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid.

—Usted, Nicanor, ¿es oriundo...?

—Yo no soy oriundo. Soy de Teruel.

—¿Turodense?

—Hasta la médula, sí, señor.

—¡ Hermosa tierra la de Teruel y muy apropiado para cuna de matadores!

—¿Por qué?

—Porque allí hasta los amores matan. Que lo digan sino, don Diego y doña Isabel, o viceversa, para no faltar en la citación a las leyes de la galantería.

—¿Vivió usted siempre en su tierra?

—No, señor. De pequeñico, mi padre, que era torero también, me llevó con él a Méjico, a donde fué en busca de negocios, teniendo que valerse a última hora del tráfico mercantil, que explotó estableciéndose, en varias ocasiones, con industrias diferentes.

—¿Cuántas clases de comercio tuvieron?

—Pues mire, que recuerde ahora, tuvimos tienda de comestibles, dos hoteles, una carnicería, establo de vacas...

—¿También?

—Sí, señor. ¡ Si viera usted lo que me gustaba ordeñar!

—¿Fué, quizá, entonces cuando nació en usted el deseo de ser lidiador?

—Tal pez, por aproximación, como en la Lotería, puede que en aquella época comenzara yo a sentir los impulsos de la vocación taurina. Lo que sí le aseguro es que por de contado, me arrimaba a los cuernos mucho más que ahora.

—¿Más que ahora y sacas casi siempre la chaquetilla estropeada por el roce de los pitones?—duda Matías Retana.

—Sí, señor, sí. ¡Eran tan mansos aquellos animalicos! ¡Y tenían una leche tan buena!

—No se parecen a los de ahora, en ese caso.

—Ciertamente que no.

Comienza la exposición

—¿Cómo ocurrió el dedicarse usted a los toros?

—Muy sencillo. Ya le dije antes que nos hallábamos en Méjico. La gente de aquella tierra sabido es que tiene la sangre algo levantisca y belicosa y que por menos de un pitillo se cambia de gobierno y hasta de régimen, circunstancia que les hace ser...

—¿Envidiados?

—No, señor. Temibles y censurables. Con motivo de tanta y tanta revuelta, los negocios de mi padre fracasaron. Nuestra situación monetaria llegó a hacerse crítica. Y surgió entonces en mí la idea salvadora de ser torero.

—¿Le llevó al ruedo su afición?

—Mi afición y la necesidad de los billetes grandes. Había que salvar a los míos del hambre y de la miseria. Y nada mejor que los toros que rápidamente lo levantan a uno o lo tumban del todo.

—Verdad.

—Contaba yo diez y seis o diez y siete años

cuando sucedía esto. Mi ingreso en la tauromaquia lo decidí, una tarde, por reflexión y conocimiento de mis facultades físicas.

—¡ Ah, sí !

—¡ Naturalmente ! Presenciaba yo una corrida de toros, y al ver ejecutar en el anillo las diferentes suertes de la lidia, exclamaba : « Esa suerte la hago yo... Y esa... Y esa... Y todas ».

—¿ Y se lanzó usted al ruedo ?

—Para ver si hacía alguna suerte.

—Y no se equivocó, porque hizo usted mucha...

—No puedo quejarme. Aunque ¡ buenos sudores y fatigas me ha costao !

—¿ Principiaría usted su consabido « calvario » rodando como todos, de capea en capea ?

—No, señor. Para mí las capeas no han existido. No me han gustado nunca. Lo que en ellas se hace no es aprender a torear precisamente, sino exponer de continuo la « pelleja » y huir, huir de los toros... y de los mozos del pueblo.

—Así es en verdad, y no debe extrañarnos, puesto que las fiestas taurinas de los pueblos sirven para rendir más culto a la barbarie que al valor y al arte de la lidia.

—¡ Como que en la mayoría de las « plazas » improvisadas que, con carros, se forman, los mozos del lugar se divierten pinchando en las manos al pobre torerillo que, por librarse de la res, trata de ganar la « barrera » !

—Lo ceemos.

—Yo lo he visto.

—¿ Cómo se adiestó usted entonces en el manejo de la capa y la muleta ?

—En casa.

—¿Eh?

—Sí, señor, sí. No se asombre. Mi padre, al enterarse de mi decisión, con un puñado del último dinero que le quedaba, me compró un becerro, al que, solico, toreé hasta «hincharme».

—¡La de verónicas que le daría!

—¡Un horror! Con él puede decirse que aprendí a dominar la franela en el último tercio.

—Por lo visto, ¿fueron los pases de muleta su suerte favorita?

—Desde un principio, sí, señor.

—Y después...

—Cuando ya me consideré bastante ducho en el arte de muletear, lo maté. Y no mal, por cierto. A partir de aquí, comenzó mi carrera en busca de los medios para combatir la necesidad de mi amada prole.

—¿Es muy numerosa?

—Mi padre, dos hermanas y un hermano, los cuales me consideran como «cabeza de familia».

¡A Zaragoza o al charco!

—Consultando con mi padre el camino más conveniente a seguir para la realización de mis aspiraciones, acordóse el autor de mis días de que en España hallábase cierta persona de su

mayor aprecio, a quien le unía una íntima amistad.

—¿Se llamaba...?

—Nicanor Villa.

—¿El torero famoso?

—Precisamente. Por ser él padrino mío, me pusieron a mí el nombre de Nicanor.



Nicanor Villalta en un magnífico pase natural

—Seguramente que si encontramos a Villa —pensó mi padre— ha de hacer algo por nosotros.

Y con esta confianza, un día, liamos los bártulos y ¡a Zaragoza nos fuimos todos en busca del añorado bienhechor!

—¿Le encontraron ustedes?

—¡Claro que sí! ¿No ve usted que se lo pedimos a la Pilarica?

—¿Y qué? ¿Les atendió?

—¡Pa chasco!

—¿Hizo algo por ustedes?

—Mucho. Para mí, al menos, fué una cosa así parecida al ojo ese que pintan metido en un triángulo y que, según dicen, es la Providencia. Gracias a la oportunidad del cargo que ejercía, pude lograr mi deseo.

—¿Qué era Nicanor Villa entonces?

—Lo mejor que para mí podía ser. Representante de la Empresa de la Plaza de Toros de Zaragoza y hombre de confianza en el negocio que hacía y deshacía con entera libertad.

—Una especie de Manolo Retana, como si dijéramos.

—Por el estilo.

—¿Y debutó usted...?

—Con los auténticos «Charlo'ts».

—¿En una corrida nocturna?

—No, señor. De día. A mí de noche no me ha gustado nunca torear.

—¿La luz artificial, con sus oscilaciones, debe ser peligrosa para el lidiador?

—Muchísimo. Un apagón o una avería en determinados instantes, puede costar la vida a un torero.

—Sigamos con su historia. Decía usted que...

—Nicanor Villa, mi padrino, me sacó en cuatro o cinco corridas más.

—¿Con buena remuneración?

—La que se estilaba por entonces. A treinta duros me las pagaron.

—¿Ciento cincuenta pesetas nada más?

—Para mí solico. Es decir, no. Miento. Para mí solico no fueron, porque de esos cuartos tenía yo que pagarme un banderillero que se llevaba tres o cuatro duros.

—¡Éxpléndida recompensa para un hombre que se jugaba la vida!

—Son las cosas del toreo, esas cosas que la gente no sabe, y por las cuales tenemos todos que pasar, si queremos salir airosos ante el público.

El «astro» empieza a brillar

—¿Quedó usted bien en las novilladas de su presentación?

—¿Que si quedé bien? En unas sí, y en otras no.

—¡Ah! ¿Hubo también fracasos?

—¡Naturalmente! Recuerdo que un día en Zaragoza di «el mítin». No llegaron a echarme el toro al corral, pero ¡qué mal quedé! ¡Como que me pusieron el veto y pasó la mar de tiempo sin que yo pudiese actuar en aquella plaza!

—¿Consiguió usted, al fin, vencer esa oposición?

—Sí. Aprovechando la circunstancia de celebrarse una corrida benéfica, me ofrecí desinteresadamente, y toreé.

—¡Menos mal si para usted fué también benéfica!

—Lo fué. Y mucho. En ella armé el escándalo «padre», a fuerza de arrimarme a los morlacos y de sentir los pitones rozándome los almares de la chaquetilla, hasta dejar que me arrancaran algunos.

—¿Tan cerca los sentía usted?

—Los sentía, sí, señor; y lo sentía más porque el traje no era mío.

—¿Con qué ganadería debutó?

—Con la de Carreros, de Salamanca. Por cierto que la cosa se me dió tan bien que a la tercera corrida toreé ya sin picadores.

—¿Y después...?

—Después seguí por los pueblos, hasta llegar a Sevilla, donde actué, con gran éxito, en una novillada.

—¿Le halagaría ese triunfo?

—Bastante, ¿a qué negarlo? Para nosotros la Plaza de Sevilla viene a ser algo así como el Instituto o Escuela Superior de la Tauromaquia.

—¿Y la de Madrid?

—Ésa es la Universidad Central, o sea donde le doctoran a uno.

—¿Quedó usted satisfecho del examen tauromaco en el «Instituto»?

—Sí. Como matador especialmente.

—¿Por lo visto es esta asignatura la que con más gusto estudió de la carrera?

—Siempre fué la muleta mi suerte favorita. Desde entonces, en los cinco años que llevo de torero, constantemente he ido «pa arriba», gracias a la Virgen del Pilar.

—¿Y a usted, no?

—También, pero la Virgencica ha hecho mucho.

Sus grandes corridas y su cogida grande

—¿Como es natural, guardará usted en su memoria el recuerdo de aquellas corridas que le proporcionaron las victorias más resonantes?

—Me acuerdo de algunas, sí, señor.

—¿Cuáles son?

—Pues, de novillero, una en Zaragoza, otra en Córdoba, otra en Málaga, que me valió el contrato para torear la de feria, y otra en Madrid, el dos de mayo de mil novecientos veintidós, año inolvidable para mí, porque en él tomé la alternativa y en él, uno de Surga, me dió la cornada grande en el muslo.

—¿Muy grande?

—Treinta y cinco centímetros de extensión, con tres trayectorias y la femoral al descubierto.

—¡Bah! Eso para ustedes no es nada.

—Eso se cree la gente: que somos de hierro.

—De hierro, precisamente, no diré yo; pero de plomo sí que en muchas ocasiones lo parecen.

—¿Por lo pesados?

—No; por la facilidad con que les hacen las «soldaduras». ¡Cuántas veces hemos visto par-

tes facultativos que decían, sobre poco más o menos: «Durante la lidia del tercero toro ha ingresado en esta enfermería el diestro Paco Merlo, «Asaíto», con una herida de asta de toro que interesa las regiones abdominal y torácica, de noventa y cinco centímetros de extensión, por sesenta y ocho de profundidad, en dirección de arriba a abajo, de abajo a arriba, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, con exhibición gratuita del intestino grueso y de los otros intestinos que no están en tan buenas carnes. Riñones saltados. Hígado con cálculos y extracción de raíces. Desgarramiento del tejido subcutáneo, muscular, aponeurosis y apoteosis, con pulverización de la víscera cardíaca y pérdida del juicio y las costillas, lesiones que le impiden, por ahora, continuar la lidia». Y a renglón seguido, el pronóstico médico, anunciando que el «Asaíto» estaría en disposición de reanudar el cumplimiento de sus compromisos taurófilos, para dentro de tres o cuatro días!

—¡Siempre se exagera!

—¿Sufrió usted muchos percances?

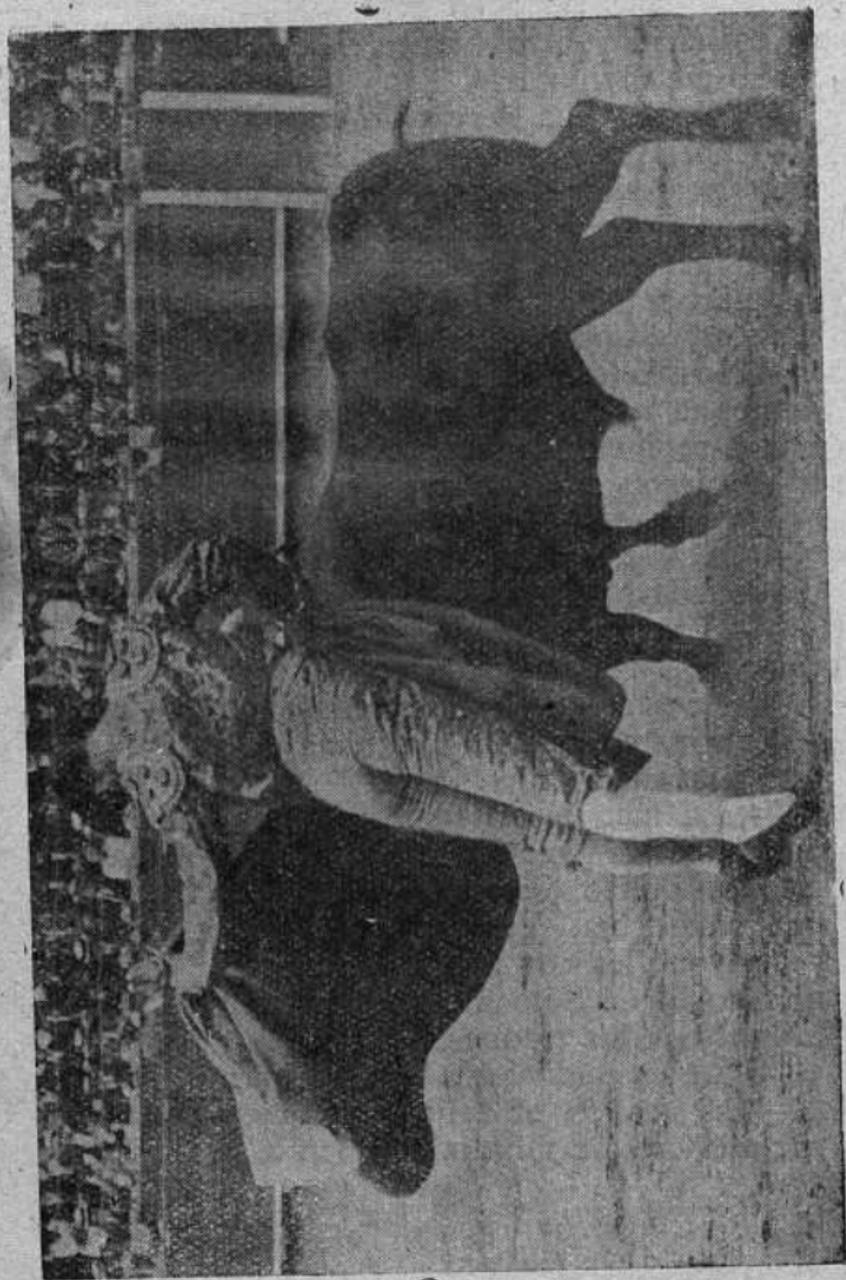
—De matador de toros, sólo dos, de escasa importancia, a saber: un puntazo en la cara y otro en el antebrazo. También tengo otro en la espinilla y otro en... un sitio que no se puede mencionar, porque está feo.

—¿Dónde le concedieron a usted la primera oreja?

—En Alcañiz.

—¿Y la segunda?

—En Zuera. Las demás en Teruel, Zarago-



Una típica verónica de Nicanor Villalía

za, Madrid y otros varios sitios. Una de ellas no se me olvidará.

—¿Cuál? ¿La «oreja de oro»?

—No. Eso es algo más que una oreja y está muy por encima de todas las demás. Me refiero a la que me gané en Córdoba. ¡Buen trabajo me costó! Figúrese usted que toreaban conmigo Zurito y el Algabeño que, como andaluces, gozaban allí de todas las simpatías.

—Nos lo explicamos, aunque no comprendemos la razón de ese desvío que ciertos públicos regionales muestran por los toreros que no nacieron en la tierra de María Santísima.

—Ya, ya.

—Tal vez les causara extrañeza hallarse con un espada baturro.

—¡A ver si es que en Aragón no se pueden criar más que melocotones!

—Así parece. Pero sigamos con su relato. ¿Decía usted que la conquista de aquel apéndice auricular le costó...?

—¡La mar de fatigas, sí, señor! Todas las palmas y las ovaciones eran para el Algabeño y para Zurito. A uno y a otro les habían ya dao una oreja. Yo me quemé. Salió mi toro ¡y pa qué les voy a ustedes a contar las cosas que yo hice! Sólo me faltó limpiarme la dentadura con los pitones.

—¿Le aplaudirían a usted entonces?

—Por reaños, sí, señor. Y tuvieron que darme una oreja a mí también.

Por qué le han «gritado» a Villalta en Lima

—Hablemos ahora de sus grandes fracasos.

—No he tenido ninguno que pueda conceptuarse como verdaderamente catastrófico. Una tarde, en Barcelona, con uno de Saltillo, me dieron dos avisos; pero nada más.

—¿No le han gritado a usted nunca?

—¡ Hombre, sí! Me han gritado, me han silbado y me han insultado, además.

—¿Dónde?

—Ahora, en Lima.

—¿Pasaría usted un mal rato?

—No lo crea. Por el contrario, fué una bronca que recordaré, siempre con gusto.

—¿Con gusto dice?

—Sí, señor, sí. Fué una bronca de las que enorgullecen y halagan el amor propio de un torero.

—A ver, explíquese.

—Pues muy sencillo. Celebrábase una corrida en que alternábamos Silvetti, Chaves y yo. A Chaves que, como más moderno, figuraba en último lugar del cartel, un toro le mandó al «taller de reparaciones», con heridas de importancia suficiente para que el médico le prohibiese volver a salir. El último toro, que correspondía a Chaves, pasó, por este motivo, a la jurisdicción de Silvetti, que era el más anti-

guo y por esto figuraba en primer lugar. Y aquí viene lo bueno. El público que «estaba por mí» aquella tarde, aplaudiéndome y jaleándome sin cesar, se empeñó en que yo matara aquel bicho. Como es natural y lógico me negué, respetando lo estatuído en estos casos. Silvetti, provisto de los trastos de matar, se fué entonces al toro, para cumplir con su deber, ¡y no quiera used que le diga como me pusieron a mí de insultos y denuestos los indignados espectadores, que no paraban de gritarme: «¡Villalta, anda hombre! ¡Mátalo tú que lo haces bien!»

—¿Les gustaba más el toreo suyo?

—Se conoce. Aunque yo me figuro que era porque había estado muy breve en los dos toros míos.

—Comprendemos ahora el alboroto.

—Inconvenientes de las faenas cortas. Aquel día estuve poco pesao con la muleta y el capote; tan poco pesao que a la concurrencia, complacida de mi trabajo, le supo a poco, sin duda, y quería más.

—¿Vuelve usted de Lima satisfecho?

—Mucho. Hay allí una afición muy buena y muy entendía. Conmigo se han portao muy bien.

—¿Cuántas orejas le han concedido?

—Cuatro y un rabo.

—¿Toreó muchas corridas?

—Seis y un beneficio, que alcanzó la entrada mayor de la temporada.

—No se puede usted quejar.

—Para ser la primera vez que voy allá, de

matador de toros, no he quedado mal, me parece a mí.

—¿Qué tal es el ganado por aquellas tierras?

—¿Los toros? Muy medianos. Solamente los del ganadero don Celso Vázquez, que tuvo un cruce muy bueno con Parladé, resultan aceptables para la lidia. Los demás tienen la sangre agotada y son mansos, broncos...

Lo que piensa Villalta de los toros

Localizado en España nuevamente el tema de nuestra conversación:

—¿Qué opina usted de la torería moderna?
—le preguntamos.

—¿Qué quiere usted que le diga? Lo que ya le dije en otra ocasión: que hay un puñado de ellos que valen mucho y que vienen zurrando.

—¿Sin nombres?

—¿Para qué buscarse disgustos?

—En otra entrevista me confesó usted su predilección por Marcial Lalanda, asegurando que «sabía mucho» y que «era muy grande».

—¿Le dije entonces eso?

—Sí.

—Pues ahora no le digo nada.

—¿A Joselito, le conoció usted?

—No, señor. Por cierto que el mismo día



Uno de los pases naturales característicos de Villetta, el formidable muletero

que un mal bicho le mató a él, a mí me dieron la primera oreja.

—Cuando la corrida de la Asociación de la Prensa, el año mil novecientos veintitrés, en que le fué concedida a usted la primera oreja de oro, ¿llevaba usted a la Plaza esperanzas o presentimientos de conseguir el triunfo?

—No, señor. Fuí muy desanimado.

—¿Por qué?

—Puede usted figurárselo. En esas corridas de concurso, el público exige a los toreros lo que muchas veces no pué ser. ¡Más valía que se fijasen en los toros! De éstos, y sólo de éstos, depende, en la mayoría de los casos, el éxito de uno.

—¿Prefiere usted el ganado gordo?

—¡Quiá, no, señor! Los toros, para que se puedan torear bien y lleguen a la muerte manejables, no pueden, ni deben pesar nunca más de veinticinco arrobas. Los de treinta, los que entusiasman a la gente, por su presentación, en cuanto reciben dos puyazos recargando, como es debido, ¡se acabó la fiera! y no hay quien la toree. A mí eso me da mucha rabia. ¡Cuántas veces dejo que a mis bichos los pique sólo el reserva, o que no los piquen casi, para que conserven en el último tercio poder y bravura!

—Eso es peligroso.

—Lo sé, pero no me importa. Prefiero pasar «las morás», ¡que se pasan!, antes de no poder hacer na a la hora de la muerte, que es lo que más me critican algunos, porque no hago esto así o lo otro asao. Gracias a que yo

no presto atención a ninguno, y mato «a mi estilo», como yo creo que me sale mejor.

La emoción del toreo

Metidos ya «en harina», como vulgarmente se dice, «panaderescamente» hablando, pretendemos bucear en la íntima opinión del torero baturro, sobre algunos puntos interesantes.

—¿Cuál es—le preguntamos—el momento más emocionante para usted de toda la lidia?

—La contestación—responde Villalta—no admite duda. Para mí, el momento de emoción más fuerte es aquel en que, con la muleta en la mano, me paso el toro por la cintura, a la distancia deseada por mí.

—Que son: ¿cuántos centímetros?

—Ninguno.

—Eso es buscar la exposición, y, con la exposición, el sobresalto de los espectadores.

—¿Y el toreo qué es en sí sino un reto constante al peligro, para conseguir la emoción fuerte y escalofriante que constituye la base y el efecto fundamental de la fiesta? Los toros, mírense por donde se miren, no son, a la postre, más que eso: emoción, emoción y emoción.

—¿Por eso, sin duda, se acerca usted tanto?

—¡Como que algunas veces me tropieza el

toro con la paletilla por medir el terreno mal y seguirle el movimiento!

—Con la muleta y el capote se arrima usted de verdad.

—Lo que hay que arrimarse, señor. A mí no me verá usted nunca torear por bajo, ni con el pico de la muleta. Esas ventajas (porque no son más que ventajas) no me gustan ni pizca.

—Ni al público tampoco. Los cánones mandan arrimarse todo lo posible y estirarse, al empapar con la franela, sin aperturas exageradas del cómpas, defecto del que abusan muchos «ases», sin pararse a pensar (por no «parar» ni en esto) que ello desluzca, afea y desvirtúa, de un modo enorme, el mérito, grande o chico, que las suertes ejecutadas puedan tener.

—Eso es lo positivo.

—Y lo «cupronikel».

—¿Lo «cupronikel»? No entiendo.

—¡ Quise decir lo «real» !

—¡ Ah ! Ya caigo. No me acordaba en este momento de la nueva moneda «realista».

—Pues hoy es la que impera.

—Ya, ya.

—¡ Y decían que el «Real» iba a hundirse !

—¡ Eso es música !

—Clásica y «tabarrosa», pero música, sí, señor.

—Dejemos esto, que tiene mala pata.

—¿ Es usted, por desdicha, supersticioso ?

—¿ Superstición yo ? ¡ Vamos, hombre ! ¿ Se quiere usted callar ? No creo en ella. Además, no se llama así. Tiene otros nombres más sencillos y... más corrientes.

—¿Cuáles?

—Miedo, «canguis», pánico o «jindama». Lo que usted quiera. Y conste que lo digo sin ánimo de ofender a nadie. No me gusta señalar.

La novia de Nicanor

Agotados los temas taurinos, nuestra curiosidad evoca, no sin cierto reparo, muy comprensible, el punto peligroso de estas confesiones: aquel que trata de sondear el corazón de estos mozos, tan necesitados de él por los peligros constantes de su arriesgada profesión para dar con los secretos e intimidades pertenecientes al sentimiento amoroso que los ojos cautivadores de una mujercita inolvidable supieron encender en su pecho, bajo el palio de oro del sol andaluz, en un día de campo, o al borde del encaje de una mantilla, en cierta delantera de grada, una tarde de corrida.

—Nicanor —aventuramos, tímidamente —, ¿nos perdonará usted la indiscreción de una pregunta del género privado?

—Venga—responde, con la franca decisión de su carácter baturro.

—Se trata de la cuestión amorosa.

—Mal asuntico es ese para contao así a todo el mundo.

—Por eso rogamos anticipadamente benevolencia.

—Ya, ya. De todas maneras, ustedes van a perdonarme (ahora me toca a mí) que no les hable más que de un amor, el más grande de mi vida; el único que tengo.

—¿Uno solo tiene usted?

—¿Pa qué más? Los mañicos, en Aragón,



Villalta, el gigante aragonés, pasando por alto

tenemos muchas «mañas», pero nunca las empleamos pa engaños y malos quererres.

—¿Eso significa que tiene usted novia formal?

—Y tan formal, sí, señor.

—¿La quiere usted de veras?

—No la quiero: la adoro, la idolatro, la ve-

nero más que a nada en el mundo. No hay cariño que admita comparación.

—¿Quién es ella, si puede saberse?

—Ya lo creo. Es... ¡La Virgen del Pilar! Para ella son, hoy por hoy, todos mis amores.

—¿Tenéis fe en vuestra Patrona?

—¡Y cómo no, si a ella, sólo a ella, le debo lo que soy! ¡Es más buena! ¡Todo se lo merece!

—¿Es cierto que la oreja de oro...?

—A la Pilarica se la ofrecí y en su altar la tiene. ¿Dónde mejor puede estar?

—Muy bien, Nicanor. ¿Y de amoríos terrenales?

—Ninguno. Ni los quiero. ¿Pa qué? ¿Pa tener que acabar de mala manera y sin facultades, expuesto a una grave cogida o a tener que casarme, que es una cogida más grave aún?

—¡Bien hablado!

—El torero, a mi juicio, mientras ejerce la profesión, debe permanecer soltero del todo, y sino retirarse para no volver más; no como hacen algunos, que se despiden y luego, obligados por la necesidad, aparecen otra vez, luchando con los años y las competencias, lo cual es muy triste.

—¿Piensa usted retirarse pronto?

—Me iré de los toros antes que los toros puedan conmigo. Ya, para entonces, tendré mi finquita en el campo, y en ella pasaré el resto de mi vida, consagrado única y exclusivamente a las faenas agrícolas, a las que tengo gran afición y guardo un cariño muy hondo, porque mis padres fueron labradores.

—La pregunta final. ¿Qué público le resulta a usted más grato?

—A mí todos me parecen lo mismo, porque todos me aplauden cuando estoy bien y todos me silban si quedo mal.

Un criado del Hotel se acerca a Villalta en este momento, entregándole una carta, cuyo papel, perfumado y de color, nos delata su procedencia femenina.

Iniciamos un gesto de maliciosa sospecha que él ataja para disculparse, diciéndonos:

—Es de una mujer, sí. Pero no... No es lo que ustedes se figuran.

—Tome, Matías—le ordena a su apoderado—cumpla mañana con ella.

Envidiamos a Retana y le interrogamos:

—¡ Ah ! ¿ Pero usted es el que... ?

—El que despacha la correspondencia *nada más*—aclara él nuestra duda, rectificando, enérgicamente.

—Son señoritas que me escriben pidiéndome retratos, y yo, como soy galante, pues se los doy. Pero no pasa de ahí.

Al despedirnos, un grupo de viajeros observa a Villalta con curiosidad.

—¡ Mírale !—exclama uno.

—¡ Vaya un tío más largo !—observa otro.

—No lo creas—objeta un tercero—. Es un infeliz más bueno que el pan.

Reimos al oírlo, y Retana, que lo ha escuchado también, confirma, sentencioso:

—Ese ha dicho la verdad. Aquí donde le ven ustedes, Villalta es un torero grande con alma de niño.

—No le negamos que sea un chico, efectiva-

mente; pero tampoco usted puede negar que, en ese caso, Nicanor resulta un «chico en grande».

El famoso diestro turolense huye del núcleo de cuirosos dando vivas muestras de lo mucho que le molesta la popularidad, que, en frecuentes ocasiones, le hace envidiar la suerte del «pajarico» que cruza inadvertidamente por el espacio, y se ausenta diciéndonos:

—Perdonen que no ría el chistecico, pero tengo mucha hambre y estoy deseando irme a comer.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRÉRE



CORRESPONDENCIA

A nuestro amigo de Madrid, José Muñoz, inteligentísimo aficionado, que habita Cervantes, 5, le han confiado los poderes de su representación y apoderamiento, los aplaudidos y notables diestros Manuel Rodríguez, «Macareno», Pepe Cardona y Manuel Bernal «Manolillo», mtadores de novillos-toros.

Próximo número:

Valencia II



No deje usted
de coleccionar

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Interesantes biografías de toreros
célebres

Con cada librito se regala una postal
firmada por el diestro.

30 cénts.

NOVELA DE AMOR

Publicación frívola

N.º 1 **El último Capricho,**

por Tomás Prieto

» 2 **El milagro de la Zíngara**

por Pedro Nimio

« 3 **Una novela blanca** (Cuento inmoral)

por L. Capdevila

» 4 **El refugio de la esquina**

por L. Marsá, en prensa

Las firmas más renombradas y conocidas avaloran esta publicación.

Ilustraciones de
B O S C H



Precio del tomo
25 céntimos

¡Exito! ¡Exito! ¡Exito!

de la nueva publicación

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

cuyos primeros números, se están agotando ya, debido al enorme interés de las relaciones documentadas, por medio de interviews, efectuados por el notable y popular literato,

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

- Núm. 1. **Manuel BÁEZ "LITRI"**
» 2. **Juan ANLLO "NACIONAL II"**
«El matador valiente matado cobardemente»
» 3. **Juan BELMONTE**
«El coloso de la emoción»
» 4. **Pablo LALANDA**
» 5. **EL GITANILLO**
» 6. **Nicanor VILLALTA**

Profusión de fotografías inéditas y expofeso para esta publicación — Con cada libro se regala una postal firmada por el diestro

Precio popular: **30** céntimos

Pedidos a: **BIBLIOTECA FILMS**

Calabria. 96, despachos núms. 1 y 4 - Barcelona

Solicitamos corresponsales

¡Éxito! ¡Éxito! ¡Éxito!

de la gran publicación

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Con los mejores dibujos, en color y
blanco, de las más interesantes
escenas, por medio de los más hábiles
en el arte y poder literario.

AGUSTO SÁENZ CARRERA

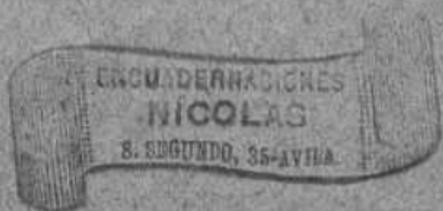
- N.º 1. Manuel SÁENZ HILTRICH
2. Juan RULLO DE CIBRAL
3. Juan SELSORTE
4. FERRIS CALANCA
5. EL VITABILLO
6. MARIANO VIALTA

Profusión de los dibujos, más bellas y interesantes para
esta publicación. En cada libro se recogen
dibujos breves por el autor.

Precio popular: 30 céntimos

Publicado por BIBLIOTECA PILEA
Calle de la Anunciación, 15. Barcelona
Se hallan en correspondencia

E-408
503



ENCUADERNACIONES

NICOLAS

8. SEGUNDO, 35-AVINA

